

PRINGLE, Heather. *El Plan Maestro. Arqueología fantástica al servicio del régimen nazi.* Buenos Aires: Debate, 2008

Adrián Viale*

El libro *El Plan Maestro* fue escrito por la periodista e investigadora Heather Pringle, quien ha publicado varios libros y artículos de divulgación científica, relacionados especialmente con temas arqueológicos.

Ante todo, sería bueno decir lo que *El Plan Maestro* no es. A pesar de su título, que puede prestarse a confusión, el libro no trata sobre el *Generalplan Ost* y, más allá del equivocado subtítulo de la edición española (el subtítulo original es *Himmler's Scholars and the Holocaust*), *El Plan Maestro* no es un libro sobre la arqueología nazi. Habla de investigaciones arqueológicas, pero toca también disciplinas tan dispares como la etnografía, la medicina, la biología, la astronomía, la botánica, el folklore, la geología, la musicología o la lingüística. Esto es así porque el libro cuenta la historia de un instituto de investigación fundado y tutelado por Heinrich Himmler: la "*Deutsches Ahnenerbe*", *Studiengesellschaft für Geistesurgeschichte* ("Herencia Ancestral Alemana", Sociedad para el Estudio de la Historia de las Ideas Primitivas) Esta sociedad, que tuvo entre sus miembros a respetados investigadores de la época y que logró mandar expediciones de estudio a muchos rincones de Europa y Asia, fue fundada con el objetivo de estudiar a los supuestos ancestros del pueblo alemán, de conocer sus antiguos ritos, sus creencias y sus prácticas; pero afín al gobierno que la sustentaba, persiguió el objetivo de demostrar la superioridad de la raza nórdica y de reescribir la historia a favor del pueblo germano. Desde su fundación en 1935, y siempre desde una perspectiva basada en diversas teorías raciales, la *Ahnenerbe* fue cambiando sus objetivos y sus disciplinas

* Graduando em História, Universidad de Buenos Aires (UBA) / Argentina.

principales. En una primera época se concentró sobre todo en trabajos folklóricos y filológicos. Hacia finales de la década de 1930, a medida que crecía, la *Ahnenerbe* llegó a consumir a instituciones rivales, como el Departamento de Excavaciones de las SS, y comenzó a organizar expediciones e investigaciones cada vez más vinculadas a temas de arqueología, tanto clásica como prehistórica. Una vez comenzada la guerra, las expediciones debieron discontinuarse, y la *Ahnenerbe* concentró sus esfuerzos en otras áreas del conocimiento humano (biología, medicina) y algunos de sus miembros llegaron a participar en experimentos con seres humanos en campos de concentración. Así, lo que Pringle propone es contar la historia de la *Ahnenerbe* “desde su demente y aparentemente inofensiva búsqueda universal de los antiguos arios hasta sus últimos años de bárbaras crueldades” (PRINGLE, 2008: 398).

Pringle intenta acceder a la historia de la *Ahnenerbe* retratando a algunos de los principales individuos que la integraron y tratando de indagar en sus principales trabajos en torno a la institución. Logra reconstruir así una historia de tipo fáctico, concentrada en los individuos y en las ideas, siempre basadas en teorías raciales, que sustentaban su trabajo. Veamos:

En primer lugar, debe tenerse en cuenta que el creador de la *Ahnenerbe*, así como su protector, fue Heinrich Himmler. Pringle comienza, y con razón, exponiendo sus ideas. Las ideas de Himmler sobre la ciencia en general y sobre el pasado en particular, son relativamente conocidas: no temía ni la tergiversación ni la ridiculez. En un Estado menos excepcional, las opiniones personales de un alto funcionario sobre la ciencia o la historia podrían importar menos. Pero en el Estado nazi (y más aún teniendo en cuenta que la ideología ha tomado, en los últimos años, un papel central en la historiografía sobre el nazismo) las extravagantes ideas de Himmler sobre el pasado humano tienen una importancia mayor. Las motivaciones de Himmler al fundar un instituto como la *Ahnenerbe* eran diversas. Por un lado, buscaba la manera de conseguir individuos que tuvieran lo que él consideraba sangre aria pura. Por otro lado, buscaba también restaurar las viejas prácticas culturales y agrícolas de los antiguos arios, para instaurar su propia utopía: colonias agrarias pobladas por alemanes en el Este europeo. Finalmente, buscaba reescribir la historia (y la prehistoria) en favor de la raza nórdica. El folklore, la literatura antigua, la biología, la historia, la geología, todas las ciencias tenían algún interés para

Himmler. Si las pseudocientíficas ideas de Himmler sólo podían avanzar en un Estado permeado por la estafalaria ideología sustentada en última instancia por Hitler, vale la pena aclarar que Himmler debía promover sus ideas ante un difícil jefe: Hitler, conciente de la diferencia que había entre los antiguos germanos y los antiguos romanos o griegos, consideraba que sus nórdicos antepasados eran bárbaros, y se enojaba con su leal subordinado cuando este exponía los pobres restos de la supuesta antigua raza superior. Igualmente, eso no hacía mella en sus teorías: para Hitler, de alguna manera, era la raza aria la que había logrado los máximos logros de la Roma Imperial. Himmler, en cambio, prefería a sus ancestros del norte, y buscaba, en un falso pasado mítico, en una supuesta edad de oro, ideas para el futuro pueblo alemán.

Pringle expone también las ideas de otro estudioso de la época, porque aunque no perteneció a la *Ahnenerbe*, tuvo gran influencia entre muchos de sus integrantes y en la sociedad alemana en general. Este experto en temas raciales era Hans F. K. Günther. Más allá de creer en la superioridad tanto física como mental de la raza nórdica, Günther tenía otras ideas que hoy podríamos calificar de extravagantes: la antigua raza aria se había trasladado en dirección a Asia unos cuatro mil años atrás y sus representantes se habían transformado en las aristocracias de China, Japón y la India. El sistema de castas no era otra cosa que la protección de la sangre aria de sus clases sometidas, e incluso Buda tenía ascendencia nórdica. Si los miembros de la raza superior transigieron al casarse con familias nativas, fue sólo porque acostumbrados al frío, sus hijos morían durante los calurosos veranos, y necesitaron morenizar su piel y su cabello. Pringle afirma que la mayor parte de las ideas de Günther eran rechazadas por el mundo científico fuera de Alemania. Por un lado, algunas investigaciones de Franz Boas (realizadas ya en 1908) sobre los factores medioambientales en la configuración del cuerpo humano refutaban por adelantado buena parte de las ideas de Günther. Por otro lado, existían varios libros de la época que contradecían explícitamente la mayoría de las ideas nazis basadas en la raza, entre los cuales el más famoso (que Pringle nombra) era *We Europeans: A surver of Racial Problems*, de Julian Huxley y A. C. Haddon. Sin embargo, dentro de Alemania, las ideas de Günther se propagaban y se aceptaban. Uno de sus libros, *Rassenkunde des deutschen Volkes*, ya había vendido 400 mil ejemplares en 1945.

El Plan Maestro se ocupa también de los altos cargos de la *Ahnenerbe*. Su primer presidente fue Herman Wirth. Según uno de sus tantos críticos, Wirth era incapaz de distinguir entre probable, cierto, posible e imposible. Wirth tenía sus propias ideas sobre la antigua raza aria: se había originado en el norte, probablemente cerca del Ártico, y había construido un imperio, la Atlántida, que se extendía desde Islandia hasta las Azores, y del cual las Islas Canarias y las Islas del Cabo Verde eran restos no sumergidos. Wirth también proponía que entre los antiguos arios había predominado el matriarcado, idea que no hacía gracia a Hitler, y que fue probablemente una de las causas para que en un mitin de 1936 Hitler lo criticara y provocara su expulsión de la *Ahnenerbe*. Visto de una manera retrospectiva, la siguiente aseveración puede sonar extraña: pero cuando Wirth abandonó el puesto de presidente de la *Ahnenerbe*, y su lugar fue ocupado por el orientalista Walter Wüst, la institución intentó volverse más seria, más académica, más respetada. Por supuesto, en función del contexto: Himmler eligió a Wüst porque le gustaron sus ideas raciales sobre el Rig-Veda. Wüst buscó nuevos tipos de eruditos: más brillantes, de mejor carrera y, sobre todo, ambiciosos, pues no debía importarles deformar la verdad en beneficio del Reich. Wüst continuó sus trabajos sobre literatura oriental en la *Ahnenerbe* y hacia el final de la guerra llegaría a ser rector de la Universidad de Munich. Más allá de los presidentes, había otro cargo alto, y de gran importancia, en la *Ahnenerbe*: el de su administrador, Wolfram Sievers. Sievers no era investigador, por lo que poco podemos decir sobre sus ideas; pero al ser el principal administrador, no sólo tuvo que ver con las investigaciones más “inocuas” de tipo arqueológico o histórico, sino también con los crímenes que vinieron después. Por esto, ocupa un lugar destacado entre los actores del libro.

Además de los jefes, Pringle se ocupa de muchos y variados investigadores. Veamos mínimamente a algunos: el primero que nombra, de la época en que Wirth era el presidente de *Ahnenerbe*, es Yrjö von Grönhagen, finlandés que buscó en el folklora de la zona de Carelia algunos elementos que pudiera relacionar con los antiguos nórdicos. Ya de la época de Wüst, nombra a un par de historiadores - arqueólogos: Franz Altheim y Erika Trautmann, pareja que se conoció por intermedio de Leo Frobenius. Altheim y Trautmann eran estudiosos de la Historia Antigua que aprovecharon un viaje a Medio Oriente, costado por la *Ahnenerbe*, para espiar a favor del Reich. Sus ideas también merecen

mención: concientes del pedigrí italiano, comenzaron a buscar a los nórdicos en el Imperio Romano, y llegaron a la conclusión de que la crisis del siglo III podía ser explicada en términos raciales, como una lucha entre los pueblos indogermánicos del norte contra los pueblos semitas del este. Altheim también publicó un libro relativamente famoso antes de la guerra: *Die Soldatenkaiser*, y luego de la guerra continuaría su prolífica carrera llegando a publicar más de 250 trabajos. Vinculados más a la arqueología, había investigadores como Assien Bohmers, por ejemplo, quien encontraba nórdicos entre los Cromañón, lo cual por otra parte contradecía teorías no menos absurdas de otros miembros de la *Ahnenerbe*, como Walter Gehl, quien decía que la época anterior al 5 mil a. C. debía ser considerada como “la edad pre-nórdica”.

Entre diferentes trabajos, viajes e ideas, buena parte del libro de Pringle se dedica a una expedición que en virtud de sus logros y de su rareza cautiva aún hoy a varios estudiosos: la expedición de la *Ahnenerbe* al Tíbet. Esta expedición fue dirigida por Ernest Schäfer y llegó al Tíbet en 1939, en busca de rastros de los míticos ancestros o de pruebas contemporáneas de la superioridad racial nórdica. Uno de los acompañantes de Schäfer en esta expedición fue el antropólogo racial Bruno Beger (seguidor de las ideas de Günther), de quien tendremos oportunidad de hablar más adelante. La expedición, desde las perspectivas nazis, fue todo un éxito: además de llegar a remotos lugares, en los cuales ningún europeo ingresaba, y de establecer contactos con las elites tibetanas, trajo muchísimos objetos que servirían a su ciencia: animales, plantas, semillas y, por supuesto, mediciones raciales, fotografías y moldes de cabezas.

El comienzo de la guerra tuvo que discontinuar este tipo de expediciones y varias quedaron como proyectos en papel. Entre ellas una de Edmund Kiss a Bolivia, donde este escritor de novelas fantásticas ambientadas en la Atlántida o Sudamérica y seguidor de la “Teoría del Mundo Helado” (más conocida en español como “Cosmogonía Glacial de Hörbiger”, teoría física y geológica extravagante que pretendía destronar la visión einsteniana del universo), quería demostrar que Tiwanaku había sido construido un millón de años atrás por representantes de una civilización superior, evidentemente nórdica. La guerra acabó con éste (y otros) proyectos, aunque algunas de las estafalarias ideas de Kiss se abrieron paso, según Pringle, y dieron lugar a algunas de las no menos

extravagantes ideas que Graham Hancock utilizó en su best seller *La Huella de los Dioses*.

La guerra terminó con unos proyectos, pero comenzó otros. Podríamos dividirlos (aunque Pringle no lo haga y si bien pueda parecer arbitrario) en tres tipos de proyectos, los que tienen que ver con: la utopía agraria de Himmler; el expolio sistemático de bienes de alto valor, tanto de museos como de colecciones privadas, en los países ocupados; y las investigaciones médicas sobre seres humanos en los campos de concentración.

Comencemos con el expolio: apenas comenzada la invasión a Polonia, un departamento de la *Ahnenerbe* se ocupó de saquear sistemáticamente distintos museos y colecciones privadas de los nuevos territorios adquiridos por el Reich. Peter Paulsen, arqueólogo experto en el estudio de los vikingos, y Eduard Tratz, fundador del *Haus der Natur* (importante museo de historia natural) fueron las principales figuras del latrocinio. Sería bueno comentar que Paulsen murió siendo considerado una eminencia de la arqueología, y que hoy en día, un busto de bronce conmemora a Tratz en su museo.

El incontenible avance hacia el Este de los ejércitos alemanes fue lo que hizo pensar a Himmler que la hora de poner en movimiento su utopía se acercaba. Himmler ya había promovido reasentamientos de población, por ejemplo, en la zona de Zhytomyr, en Ucrania. Pero otras zonas del Este se prestaban mejor a las ideas utópicas del Reichsführer: la mejor de ellas era la península de Crimea. La idea de Himmler era fácil de comprender en los papeles: expulsar a la población local y construir nuevos pueblos habitados por *wehrbauern* (soldados granjeros), miembros de las SS. Himmler llegó a establecer un plan arquitectónico, con pueblos que tendrían su *thingplatz*, una especie de anfiteatro cuya denominación viene del escandinavo antiguo *thing* (asamblea de hombres libres); claro que en el caso nazi el lugar sería menos democrático. Los miembros de las SS vivirían como antiguos nórdicos y servirían de barrera de contención contra los pueblos del Este. Los alemanes se veían a sí mismos como descendientes de los godos, y según algunos investigadores de la *Ahnenerbe*, en esa zona había existido un antiguo imperio gótico, por lo que el lugar se denominaría Gotengau. La justificación, a través de una historia inventada, de la conquista de los territorios del Este no podía ser más palpable: Hitler podría de esa manera afirmar que “solo estoy interesado, a

fin de cuentas, en territorios en los que los alemanes habían vivido anteriormente” (PRINGLE, 2008: 273) La *Ahnenerbe* organizó el viaje de un experto en la Edad del Bronce, Karl Kersten, para que recorriera la península de Crimea buscando indicios del antiguo imperio gótico y para que organizara un itinerario para una futura visita de Himmler a la región. Los reveses de los alemanes en su guerra contra la URSS terminaron con los sueños de Himmler de colonizar la región. Del antiguo imperio, lógicamente, Kersten no pudo encontrar nada.

Las más terribles historias vinculadas a la *Ahnenerbe* sucedieron en los campos de concentración de Auschwitz, Dachau y Natzweiler, cuando investigadores de la institución experimentaron sobre seres humanos. Sigmund Rascher, por ejemplo, trabajaba sobre exposiciones de los seres humanos a bajas temperaturas y a congelamientos. Niels Eugen Haagen trabajaba sobre el tifus, enfermando prisioneros a propósito. Werner Bickenbach trabajaba con los efectos que el gas fosfato producía en las personas. A todos ellos Pringle no les presta demasiada atención, porque decide concentrarse solo en dos investigadores: Bruno Beger (aquél acompañante de Schäfer en la expedición al Tíbet) y August Hirt (quien investigaba el efecto del gas mostaza en los prisioneros), por ser ambos los responsables (junto con el administrador Sievers) de un caso conocido como “la colección de esqueletos”. Expliquemos lo siguiente: el problema fundamental que tenían los investigadores nazis para sostener sus teorías raciales era el de su incapacidad para definir a la raza judía. Se habían probado muchas teorías, pero ninguna había resultado satisfactoria. Las mediciones raciales sobre sujetos vivos no les daban resultado. Por lo tanto, los investigadores comenzaron a trabajar con esqueletos y cráneos de judíos. Éstos se podían comprar: por ejemplo, los vendía el Instituto Anatómico de la Universidad del Reich de Posen, ya que su director Hermann Voss conseguía cadáveres para la venta a cambio de prestar el incinerador a los jefes nazis locales. El problema para los “estudiosos” como Bruno Beger era que los cráneos tenían un precio muy alto. Se intentaron conseguir los esqueletos de los prisioneros capturados en el Este, pero esa idea no prosperó. Entonces, se les ocurrió una idea que encantó a Himmler: podrían utilizarse esqueletos de prisioneros de campos de concentración. “La colección de esqueletos” fue lo siguiente: Bruno Beger se encargó de la selección de 86 prisioneros de

Auschwitz, que fueron llevados al campo de Natzweiler, donde fueron asesinados, para que August Hirt pudiera proceder a su maceración. Antes de asesinarlos, Hirt aprovechó para realizarles algunos últimos experimentos. Luego, todos los prisioneros fueron ejecutados, pero Hirt no pudo comenzar la investigación porque los Aliados llegaron al lugar donde estaba trabajando, el Instituto Anatómico de Estrasburgo.

Como todos sabemos, luego de la guerra vino Nuremberg. Muchísimos documentos de la *Ahnenerbe* fueron conservados gracias a Wolfram Sievers, quien no los destruyó seguramente pensando que los experimentos podrían continuarse en tiempo de paz. Los Aliados encontraron los documentos (cartas personales y oficiales, memos, archivos personales, órdenes, mapas, etc.) y se concentraron en los cargos más altos, hasta que hicieron una pequeña lista con los nombres de quienes serían juzgados: Wüst, Sievers, Rascher y Hirt. Ahora bien, Rascher y Hirt no podían ser juzgados. Rascher había muerto en Dachau, donde había sido enviado luego de verse envuelto en una oscura trama de robo de niños. Hirt se había suicidado solitariamente en un bosque luego de enterarse de la rendición alemana. Los Aliados no consiguieron pruebas suficientes para juzgar a Wüst. El único juzgado fue Wolfram Sievers, y su juicio fue parte del famoso “Caso Médico”. El hecho de que en algunas ocasiones Sievers había ayudado a un grupo de la resistencia, no le alcanzó para que los jueces olvidaran su participación en los horrendos crímenes. A mediados de 1948, Sievers murió en el patíbulo de la cárcel de Landsberg.

Con los otros investigadores de la *Ahnenerbe* fue distinto. La mayoría de ellos intentaron olvidar (y que se olvide) su pasado en la institución nazi y en la mayor parte de los casos lo lograron. Quien sí tuvo que afrontar un tardío juicio fue Bruno Beger. En 1970 fue declarado cómplice de la muerte de 86 personas y fue condenado a tres años de prisión. Pringle logró entrevistarle en abril de 2002 y Beger se explayó durante algunas horas sobre las características de la raza judía (“mestiza”, según él, y “con fuertes componentes mongoloides”), se excusó por su participación en la colección de esqueletos diciendo que todo había sido obra de Sievers y Hirt, y no pareció comprender las causas de su condena.

Para finalizar, expliquemos el por qué de la importancia que otorgamos a este libro. En nuestro contexto, el trabajo de Pringle ha venido a suplir una

carencia, ya que sobre la *Ahnenerbe* se sabe relativamente poco. No muchos investigadores de la historia nazi se han concentrado en esta institución, y muy pocos de estos escasos trabajos se han traducido a nuestro idioma. El solitario libro del canadiense Michael Kater: *Das "Ahnenerbe" der SS 1935-1945, Ein Beitrag zur Kulturpolitik des Dritten Reiches*, publicado en 1974, seguía siendo la lectura obligatoria para quienes querían conocer la historia de esta institución. En su libro, Pringle ofrece algunas razones que explicarían esto: por un lado, los historiadores habrían visto en la *Ahnenerbe* un reducto de teorías dementes pero inofensivas, y no le habrían dado importancia; por otro lado, tampoco habría habido, en las décadas de posguerra, muchas ganas de revolver un pasado del que muchos académicos prestigiosos habían sido parte. De estas dos afirmaciones de Pringle, la primera es más cierta que la segunda, puesto que siempre han existido libros sobre la ciencia nazi y siempre ha habido académicos dispuestos a hurgar en el pasado de sus colegas. Pero es verdad que muchos historiadores vieron (y ven hoy) a la *Ahnenerbe* como un simple reducto de teorías absurdas, sin demasiada influencia en el conjunto de la ciencia del Tercer Reich. Tomemos un ejemplo: el extraordinario y completo libro de John Cornwell, *Los Científicos de Hitler* (Paidós, Barcelona, 2005) dedica a la *Ahnenerbe* apenas un capítulo muy pequeño, titulado "La Pseudociencia de Himmler". Esto ocurre porque Cornwell es parte de la visión canónica que piensa que "tales actividades eran marginales respecto al ingente volumen del trabajo científico y tecnológico que se llevaba a cabo en el conjunto del Tercer Reich" (CORNWELL, 2005: 197)

Teorías dementes y marginales: desde esta visión fácilmente surgen críticas a *El Plan Maestro*. Por ejemplo, en una reseña publicada el 27 de enero del 2006 en el diario canadiense *Globe and Mail* (disponible online), el conocido historiador Richard J. Evans afirmaba que el problema principal de *El Plan Maestro* era que Pringle no colocaba a la *Ahnenerbe* dentro de las estructuras institucionales e ideológicas del mundo científico alemán, por lo que uno nunca podía llegar a comprender cuál era realmente la importancia de la institución. Evans también criticaba la centralidad que Pringle otorgaba a las ideas bizarras y a los crímenes de los investigadores principales de la *Ahnenerbe*, decía que probablemente estas ideas no tenían mayor importancia en el patrón general de la ideología nazi y concluía que para los académicos

seguía siendo mejor recurrir a los clásicos trabajos publicados por Michael Kater. Podemos estar de acuerdo con estas críticas, aunque sólo hasta cierto punto. Lo que dice Evans es verdad, pero también es cierto que en ningún momento Pringle se propone realizar un estudio sistemático del mundo científico nazi, que es lo que en última instancia hubiera debido hacer al poner en contexto a la *Ahnenerbe* y al compararla con otras instituciones científicas de la época. Pringle se propone nada más (y nada menos) que hacer una historia fáctica de la *Ahenerbe*. Por otra parte, es difícil de creer que un estudio focalizado en los principales investigadores sea necesariamente inferior a un estudio del tipo que pueda proponer Evans y tampoco podemos negar que lo que hoy pueden parecernos ideas bizarras y marginales, en el contexto de la época, eran ideas que se tomaban seriamente y se discutían con fervor, ideas que figuraban en los programas académicos y que recibían subsidios y becas de investigación. Eran ideas apoyadas por la segunda persona más poderosa de la Alemania nazi y los investigadores que las exponían llegaban muchas veces a altos cargos en el mundo de la educación. Teniendo en cuenta las políticas de ingeniería racial llevadas a cabo por el Estado nazi y la enorme cantidad de asesinatos en nombre de la raza, las ideas expresadas por estos investigadores no pueden ser vistas simplemente como bizarras o marginales.

Aunque es cierto que a Pringle pudo haberle faltado tener algún grado de comparación. La arqueología nazi, por ejemplo, tuvo dos patas: una es la de los investigadores nucleados en la *Ahnenerbe*, seguidores de Himmler; la otra, la de los seguidores de Alfred Rosenberg. La lucha entre las dos facciones nazis fue durante mucho tiempo la clave de interpretación de la historiografía sobre la arqueología nazi, pero Pringle prefiere ignorar las posibles comparaciones. También hubiera sido interesante un planteamiento más general en, al menos, alguno de los capítulos: Pringle habla demasiado poco de las formas de financiación de la *Ahnenerbe* y mucho menos de sus órganos de difusión (apenas nombra la revista *Germanien*), de las condiciones sociales de sus investigadores o de la general recepción de la mayoría de sus trabajos. Sin embargo, el libro logra lo que se propone. Cuenta la historia de la *Ahnenerbe* de una manera rigurosa y es una excelente introducción al estudio de muchas facetas de la ideología nazi. Para escribir este libro, Pringle investigó durante cinco años, en 23 archivos alemanes y en otros diez archivos europeos y

Adrián Viale

Heather Pringle. *El Plan Maestro. Arqueología fantástica al servicio del régimen nazi*

norteamericanos. Y, al leer el libro, uno lo nota. Las críticas que se le puedan hacer no deterioran la gran calidad del mismo en su conjunto.

Colaboração recebida em 22/03/2009 e aprovada em 09/04/2009.